

COLEGAS

Muéstrame el camino hacia mi hogar

por Arnold Lobel

Desde 1966, he vivido en la misma calle de Brooklyn, una agradable calle bordeada de árboles. Primero lo hice como arrendatario de un piso y, más recientemente, como propietario de una casa. Naturalmente, ha sido inevitable que, con el paso de los años, la calle haya sufrido muchos cambios. Cuando nos trasladamos allí por primera vez, mis hijos tenían nueve y seis años y se lamentaban de no tener con quién jugar. Y era cierto. Aquella era una calle de personas mayores. Las más viejas se asomaban a las ventanas con una expresión huraña, como si quisieran manifestarnos su desaprobación: ¡una familia joven, con niños, viviendo en la seria, vieja y victoriana Tercera Calle! ¿A dónde iremos a parar?

Sí, ha habido muchos cambios. Mis hijos han crecido y han marchado a otros lugares, a vivir sus propias vidas. La mayoría de aquellas personas mayores han desaparecido, dejando tras de sí algunos —pocos— sustitutos, y muchas nuevas familias han venido a vivir a las casas y apartamen-



FRANS MASEREEL

tos de nuestra manzana. Curiosamente, estas familias parecen tener una cosa en común: todas ellas tienen, al menos cuatro ruidosos chiquillos que, por algún milagro biológico, parecen ser exactamente de la misma edad. En cuanto a mí, me siento como uno de esos sustitutos de la vieja generación, y si bien es verdad que he tomado el relevo ante la ventana, no es menos cierto que también se me ha hecho objeto de desaprobación.

Según mis observaciones, todos los niños de mi manzana tienen cinco o seis años; todos los niños de mi manzana juegan ruidosamente en la calle desde las siete de la mañana hasta las diez de la noche; todos los niños de mi manzana están decididos a utilizar la fachada de mi casa como lugar de prácticas para hacer realidad sus aspiraciones de convertirse en reyes, o reinas, de la montaña; y cada niño de mi manzana es, desde mi distante punto de vista, un animal salvaje y extraño. Resulta duro compartir el amor al juego si nuestras lámparas oscilan y nuestros dientes castañean. Cuando, al abrir las ventanas gritaba: «¡Largaos de mi puerta u os romperé la cabeza!», mi más secreta esperanza era que ellos ignoraran que el hombre más ruín del edificio no era otro que el adorable Lobel, aquel querido y viejo escritor e ilustrador de libros para niños.

Una tarde, mientras era víctima indefensa de un ataque perpetrado por uno de los salvajes pilluelos, comprendí que aquella esperanza era vana. Estaba paseando por la calle, pensando en mis cosas, cuando oí que, detrás de mí, iba creciendo el ruido de una de estas monstruosidades móviles de plástico con tres ruedas; parecía como si el cemento de la acera fuera triturándose a medida que alguien pedaleaba furiosamente a gran velocidad. Hubo un momento de violento impacto contra mi tobillo izquierdo y el dolor me hizo dar un brinco. Lancé una maldición, o quizá algo más fuerte. Pero el conductor del vehículo si-



FRANS MASEREEL

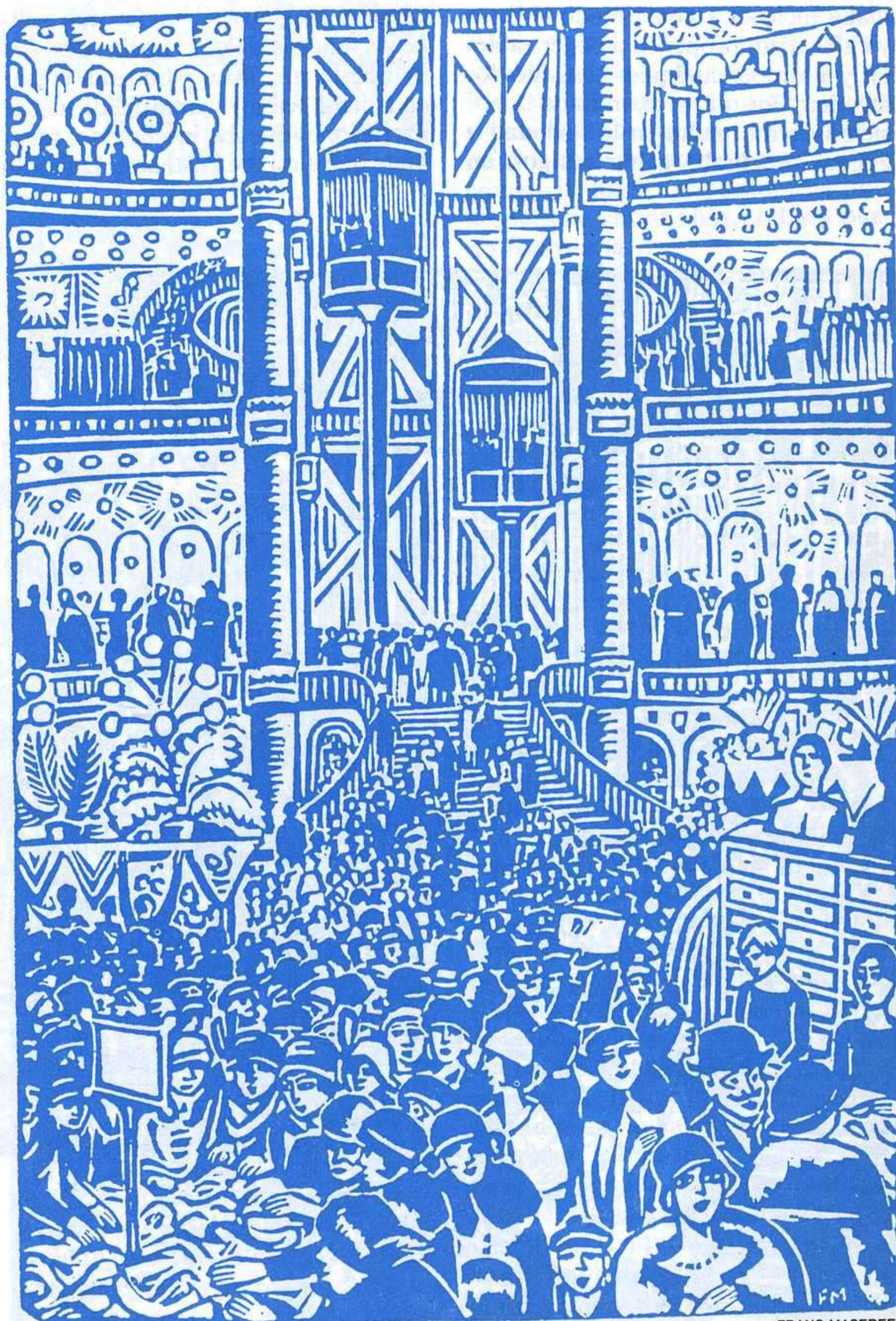
guió pedaleando calle adelante, unos ciento cincuenta metros, hasta que observé con horror cómo, bruscamente, daba media vuelta y se precipitaba de nuevo hacia mí. Pensé que iba a destruir mi tobillo derecho, el único que

todavía permanecía intacto. Pero el chico se detuvo ante mí y, contemplándome con una expresión de inocencia perfectamente calculada, me preguntó: «¿Es usted el hombre que hace los libros de la Rana y el Sapo?»

Me sentí desenmascarado. «Sí, soy yo», murmuré mientras me precipitaba a buscar refugio detrás de mi portal bien cerrado.

Una vez allí, empecé a preocuparme. Con el incidente adquirí conciencia de que parecía existir un vasto espacio interestelar entre yo mismo y aquéllos que constituyen mi público, los receptores de mi ofrenda, mi razón de ser. ¡Estoy, en todos los aspectos, tan lejos de estos chutabalones jóvenes, ruidosos, rudos, salvajes! Y me pregunto: «¿Qué tengo para darles? ¿Qué hago yo con mis intentos de escribir libros para esta exótica y extraña raza llamada *todos los niños*?» Rumío y me angustio. Pero pienso en 1938 y me siento un poco mejor. Un pequeño suceso ocurrido aquel año me sirvió de obsesionante lección para saber que crear un buen libro tiene muy poco que ver con cualquier tipo de proximidad emocional o mental con los niños que han de leerlo.

Aquel año había sido muy malo para mi madre y para mí en Schenectady, Nueva York. El matrimonio de mis padres, que había durado sólo cuatro años, acabó en un amargo divorcio. Mi padre escapó a la costa oeste, el lugar más alejado a donde podía dirigirse sin salir del país. Mi madre y yo vivíamos con mis abuelos maternos; pero aquello no era un hogar: tan sólo un espacio prestado, un techo sobre nuestras cabezas. Sin embargo, la casa era grande y confortable. Entre mi habitación y el cuarto de baño había una gran distancia: un pasillo largo y más bien tétrico. Cada noche tenía costumbre de levantarme al menos una vez: atravesaba aquel inacabable y oscuro pasillo para ir al cuarto de baño y beber un poco de agua; luego, volvía a la cama. En 1938, mi madre era una mujer joven y triste. En aquellos años, en una pequeña localidad del estado de Nueva York, estar divorciada y tener un hijo equivalía a ocupar una posición social apenas un poco superior a la de un ladrón de bancos. A pesar de que ella



FRANS MASEREEL

se había criado en aquel lugar se sentía como una proscrita. Sus amigas parecían estar felizmente casadas y ser personas de lo más hogareño. Y mientras ellas podían jugar a cartas con sus maridos, escuchando a Bing Crosby

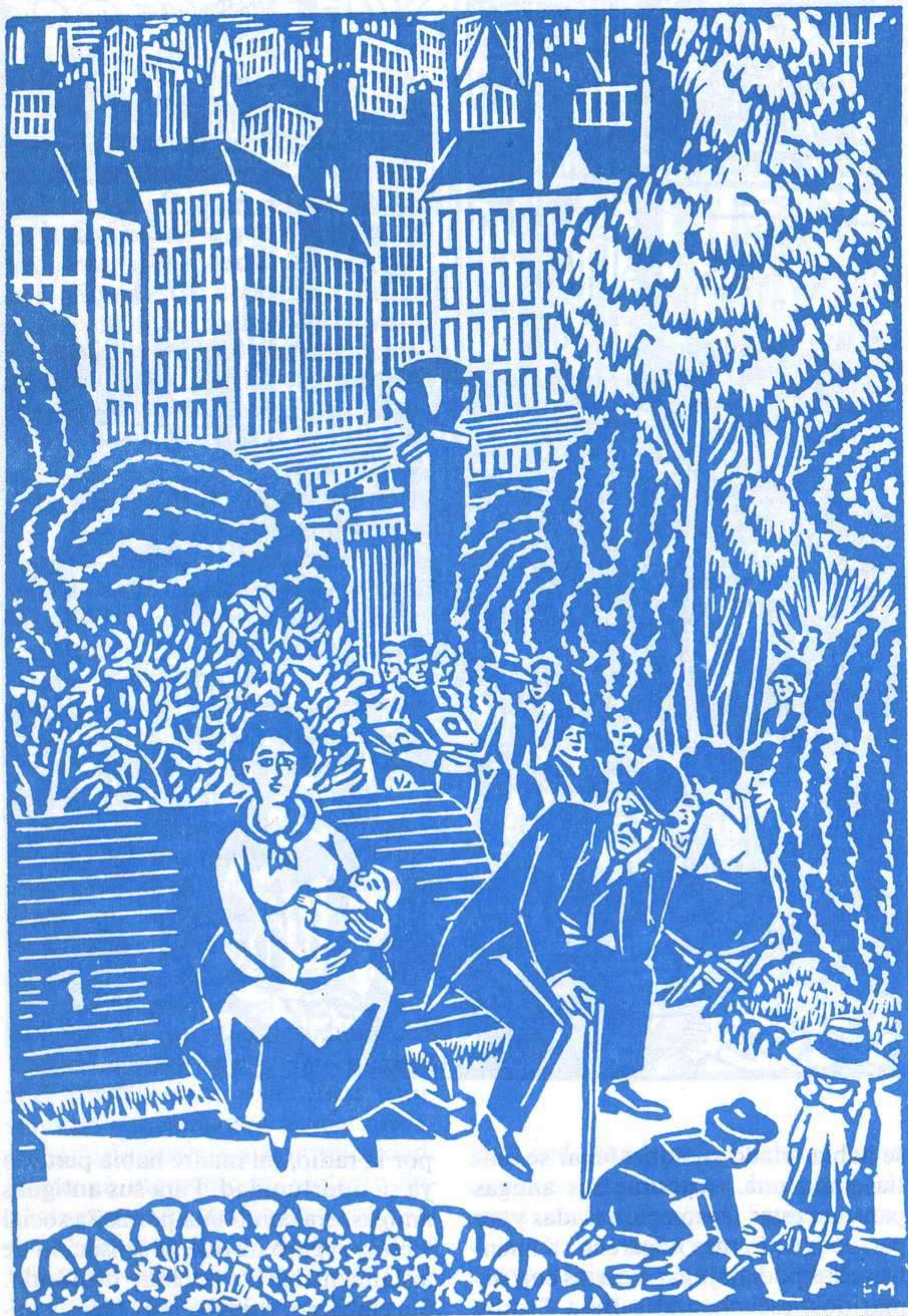
por la radio, mi madre había perdido ya su oportunidad. Para sus antiguas amigas, era como una ponzoña social y estoy seguro de que su sensación de aislamiento debía ser muy profunda. Sin embargo, cuidaba muy bien, y mi-

maba incluso, a aquel mocoso flaco y enfermizo, propenso a coger rabietas y a romper cualquier utensilio doméstico. Por mi parte, imitaba la posición de mi madre en la sociedad y apenas procuraba ganar amigos; en

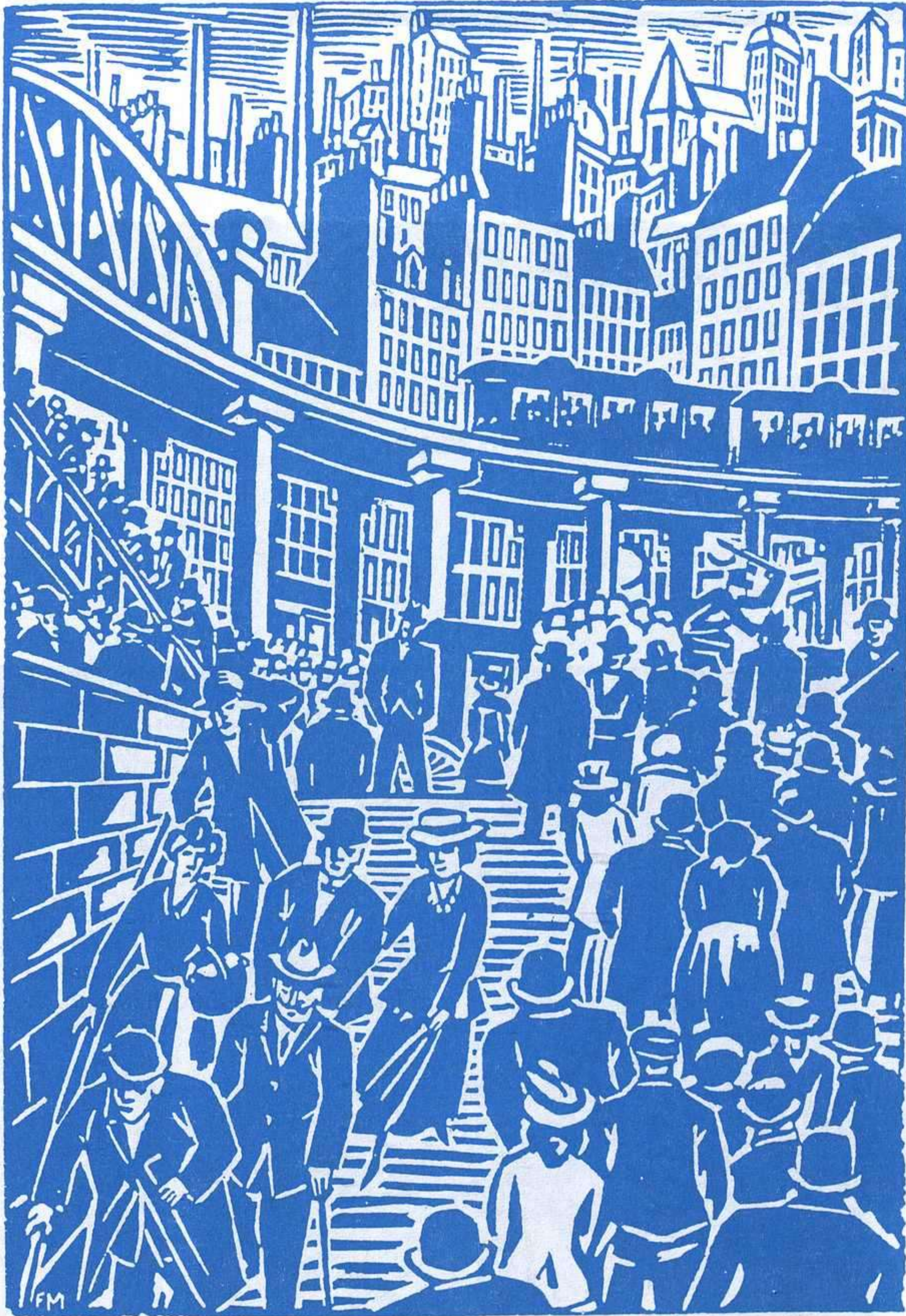
cambio, me entregaba a las más solitarias fantasías. Por la noche, después de acostarme, mi madre solía entrar en la habitación y contarme pequeñas narraciones que iba inventando, segura de que a mí me gustaban. Dudo de

que así fuera porque no recuerdo ninguna. En cambio, sí recuerdo lo ocurrido una noche en que mi madre estaba especialmente triste y distraída —¿a causa, quizá, de algún nuevo rechazo?—. Evidentemente, no pensaba en mí cuando entró en la habitación. Permaneció largo tiempo de pie ante la ventana mirando a través de los cristales. El espacio que nos separaba era la enorme distancia que media entre un niño y un adulto. «Cuéntame un cuento», le pedí. No hubo respuesta. Podía ver la silueta de su torso y de su cabeza recortándose contra las hojas de los árboles de nuestra calle. «Vamos, anda», chilló el odioso chiquillo. «No estoy de humor para cuentos esta noche», dijo sin volverse, «pero te cantaré una canción, una muy cortita, y luego te dormirás». «Bien, cántamela», ordenó el pequeño Lord Fauntleroy. Y mi madre cantó: «Hace una hora, bebí un traguito, y se me ha subido a la cabeza. Muéstrame el camino hacia mi hogar. Estoy cansado, quiero acostarme. Siempre me oirás cantar esta canción; muéstrame el camino hacia mi hogar». Aunque era entonces, y prácticamente lo es ahora, abstemia, para expresar la tristeza que sentía en aquel momento eligió esta vieja canción de resaca y me la hizo escuchar. Quedé aturdido. Era la canción más importante, el cuento más importante que jamás había oído. Saltó a través de la habitación para incrustarse en mí y entrar a formar parte de mi ser. Al momento comprendí todo el significado de las palabras. La canción hablaba de un muchachito —yo, naturalmente— que se despierta a media noche para ir al baño. Recorre su camino por el largo y oscuro pasillo; bebe un poco de agua que se le sube a la cabeza (porque ¿a qué otro lugar puede ir a parar un sorbito de agua?); luego, cuando el muchachito vuelve a recorrer el pasillo, gira donde no debía y se pierde.

Por aquel entonces, yo no había leído todavía a Lewis Carroll, pero ins-



FRANS MASEREEL



FRANS MASEREEL

tintivamente supe que los pasillos pueden cambiar fácilmente de forma y adoptar nuevas y extrañas direcciones. Y así, el muchachito, el pequeño Arnold, vagaba buscando y rebuscando su cama, buscando y rebuscando su hogar, que había cambiado de lugar y se había perdido; el hogar que, también para mi madre y para mí, había cambiado de lugar y se había perdido.

Ahora, en los alrededores de mi casa de Brooklyn hay un nuevo plan-

tel de chiquillos. Pisotean mi hiedra y destrozan las hojas de mis plantas; montan en la capota de mi coche y dejan sueltos a sus perros. Cuando llega el *Halloween*, me agasajan rociando mi portal con espuma de afeitador. Y la guerra sigue... Me parece que los niños de la Tercera Calle tienen siempre la misma edad y que, en cambio, yo envejezco. Siento que la distancia aumenta. Y cuando esto me ocurre, pienso en 1938. Me acuerdo de una habitación en la penumbra, de una

canción, de cómo mi madre, desde lo más profundo de sus temores y de su terrible soledad, la cantó para mí. Fue, en ella, un fugaz momento de sinceridad. En cuanto a mí, la historia que creé con aquella canción me conmovió hasta tal punto, que hoy, después de tantos años, todavía puedo recordarla.

Como escritor e ilustrador de libros infantiles, creo que la canción de mi madre y el modo en que la cantó encerraban una lección cuyo destinatario era yo. Y creo también que hoy debo tratar de hacer por mis lectores lo que ella, sin saberlo, hizo aquella noche por mí: intentar trazar una fiel transcripción de mí mismo, apartar la tristeza y, naturalmente, encontrar la alegría. Sólo si puedo conseguir esto, si puedo proseguir así, habré cumplido bien mi tarea. Estos chiquillos que corren ahí afuera *sentirán* mi obra y sabrán darle respuesta. La distancia que nos separa habrá desaparecido. El viejo ogro, por muy ruín que sea, llegará hasta su público. Es evidente que palabras como *si* e *intentar* indican siempre un fin más deseado que conseguido. Pero en todos los relatos que he escrito, en todos los dibujos que han salido de mi mano, he puesto siempre un retazo de la canción de mi madre. La cantó dándome la espalda, distraída, mirando a través de la ventana. Pero conectó conmigo. En un solo e inolvidable momento, hizo un resumen de lo que hasta entonces había sido —o no había sido— mi vida. Creo que, en mi trabajo, trato siempre de que cada niño que lee mis libros sienta la electrizante respuesta que yo sentí aquella lejana noche. Y creo también que, con este intento, trato no sólo de mostrarles el camino hacia el hogar, sino también de, una vez en él, ayudarles a vivir con acierto y plenitud. ■

Artículo publicado en la revista «The Horn Book», volumen LXV, número 1, enero-febrero 1989. Boston (EE.UU.). Traducción de Laura Gavalda.